Polonia

Estudios
Latinoamericanos

Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos

ISSN 0137-3080

Original title / título original: *Formación y cambios en la identidad de los miembros de las fuerzas de autodefensa del Perú*

Author(s)/ autor(es):

Joanna Pietraszczyk-Sękowska

Published originally as/ Publicado originalmente en:

Estudios Latinoamericanos, 31 (2011), pp.21-42

DOI: <https://doi.org/10.36447/Estudios2011.v31.art2>

Estudios Latinoamericanos is a journal published by the Polish Society for Latin American Studies (Polskie Towarzystwo Studiów Latynoamerykanistycznych).

The Polish Society for Latin American Studies is scholarly organization established to facilitate research on Latin America and to encourage and promote scientific and cultural cooperation between Poland and Latin America.

Estudios Latinoamericanos, revista publicada por la Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos (Polskie Towarzystwo Studiów Latynoamerykanistycznych).

Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos es una asociación científica fundada con el fin de desarrollar investigaciones científicas sobre América Latina y participar en la cooperación científica y cultural entre las sociedades de Polonia y América Latina.

Formación y cambios en la identidad de los miembros de las fuerzas de autodefensa del Perú¹

Joanna Pietraszczyk-Sękowska

Introducción

La guerra civil en Perú fue uno de los conflictos internos más sangrientos del siglo veinte en América Latina. Duró desde el año 1980 hasta el año 2000 y, de modo similar a otros países de la región, fue un corolario de los problemas estructurales de perfil postcolonial, que antes no habían podido solucionar ni las movilizaciones sociales, ni las reformas gubernamentales. Con todo, su estallido en 1980 constituyó una gran sorpresa para una parte importante de la sociedad peruana, puesto que tuvo lugar inmediatamente antes de la entrega del poder por parte de los militares (cuyo régimen duró de 1968 a 1980), lo que había despertado grandes expectativas en la tan esperada democratización del país.

La iniciadora de las acciones armadas contra el gobierno fue la guerrilla maoista, que en el momento de estallar el conflicto estaba formada por un grupo de estructura militarizada denominado Partido Comunista del Perú Sendero Luminoso. Había sido fundado a principios de la década de 1970 por el profesor de filosofía Abimael Guzmán Reynoso y, a lo largo de casi una década, se había preparado para la toma del poder por la vía revolucionaria, con el fin de destruir el orden social tradicional y sustituirlo por uno absolutamente nuevo.

El foco de actividades de Sendero Luminoso y, al mismo tiempo su principal plaza de combates, lo constituyó el departamento central del país, Ayacucho,

desde donde se fueron extendiendo al resto del país. El hecho de que la lucha se concentrara en la provincia confirió al conflicto, desde los principios de la década de 1980, un carácter etnogenocida, debido a que la población indígena de la región andina se convertiría en la principal víctima de los enfrentamientos entre la guerrilla y las fuerzas gubernamentales. Sin embargo, el conflicto peruano se destacaría también, desde un buen principio, por el hecho de que en el terreno donde había nacido la guerrilla se crearon batallones de campesinos dispuestos a colaborar con las fuerzas gubernamentales contra los senderistas. A principios de la década de 1990, en virtud de la legislación introducida por el gobierno de Alberto Fujimori, todos los grupos de autodefensa civil fueron reconocidos oficialmente como grupos antisubversivos y pasaron a llamarse Comités de Autodefensa (en adelante CAD). En el curso de algunos años, las acciones fraguadas en el seno de estos comités se difundieron en menor o mayor grado por todos los departamentos en cuyas fronteras se libraban combates armados, particularmente en la sierra del centro-sur del Perú.

El objetivo de este artículo estriba en el análisis de la evolución de procesos identificatorios en los miembros de las fuerzas campesinas que, comprometidos en acciones bélicas, se convirtieron tanto en protagonistas, como en víctimas de las mismas.

La población indígena como principal víctima de la violencia

Debido a los cambios internos llegados con las reformas del gobierno militar del general Juan Velasco, la población campesina de Ayacucho había sufrido un importante proceso de diversificación sociocultural y económica, justo antes del estallido del conflicto. Con todo, una decidida mayoría la constituían campesinos indígenas que habitaban en las comunas tradicionales. A pesar del diferente grado de conservación de la cultura indígena, esta seguía siendo su principal base de identidad. El carácter comunitario de la organización social, estrechamente vinculado a todo el conjunto de orden cultural, religioso y económico, hacía que mantuviera su vigencia el sistema de valores tradicional, cuyo eje radicaba en la prioridad de los intereses colectivos sobre los individuales y en el cambio cíclico de los puestos jerárquicos que, por otro lado, gozaban de gran prestigio. Así explicaba uno de mis informadores, maestro procedente de la provincia de La Mar, el significado que, por aquel entonces, tenía la comunidad para sus miembros:

“El poder tradicional era entonces [antes del conflicto – J.P.-S.] muy fuerte, lo que cambió con la llegada de Sendero Luminoso. Ocupar algún cargo público era un privilegio, no se cobraba dinero por ello. Había un verdadero orgullo de cualquiera de las funciones públicas comunales que se realizaba y pasaba a otra gente con honor. La tarea principal era el mantenimiento del orden y la solución de conflictos, lo que real-

mente funcionaba en las comunidades. En cada una de ellas la mayor autoridad era un varayocc o presidente comunal – era la misma función [...]. Todos actuaban por el bien de su comunidad, trabajaban juntos, igual como ejecutaban la justicia. Cuando caía un ladrón era considerado enemigo de toda la comunidad. Recuerdo muy bien el orgullo de mi madre cuando éramos comuneros. Encima del apego e identificación con la comunidad no hubo nada en su vida” (Fredí, maestro de la provincia de La Mar, Ayacucho, comunicación personal 14 de enero de 2010).

Esta declaración muestra a todas luces que un elemento importante y básico de la identidad individual era el hecho precisamente de identificarse con toda la comunidad. Con el estallido del conflicto, al modificarse violentamente las condiciones de vida en la provincia, se evidenció en que medida la vinculación de la población indígena con los mecanismos de la lucha provocó una crisis en el funcionamiento de la comunidad en sus diversos aspectos. La solidaridad de la sociedad local, el respeto hacia las autoridades locales (por ejemplo, hacia los comités de fiestas), el apoyo mutuo, la participación en fiestas cíclicas que aportaban renovación y fortalecimiento en los sentimientos de identificación con el grupo, así como la conciencia individual de seguridad fueron sacudidos desde sus propios fundamentos y empezaron a sufrir una gradual y paulatina deconstrucción.

Los factores que decidieron estos cambios tuvieron tanto un carácter interno como externo. Entre los primeros se podría contar, sobre todo, la acción de la guerrilla y, a continuación, la respuesta de las fuerzas gubernamentales, es decir del ejército y de las fuerzas de policía. Entre los segundos, el más importante radicaría en la base misma de la comunidad y respondería, sobre todo, a los intereses particulares de determinados grupos que, atrapados en el mecanismo del conflicto y asumiendo nuevas propuestas y modelos de acción adecuadas a la realidad bélica, sufrieron cambios tanto en su aspecto interno como en sus formas de actuar. Este proceso de transformación se vio sometido a diversos grados de intensidad, que dependieron particularmente de la relación con los actores externos y con los condicionantes locales, por ejemplo de la distancia de las bases militares, de las ciudades, de los puestos de policía y de las bases creadas por la guerrilla.

De este modo fue como el conflicto empezó a barrer, en diferentes tiempos y grados, las reglas tradicionales en el orden existencial de las comunidades y sus habitantes, provocando una profunda crisis en la identidad de los comuneros. La categoría de “suyo” y “ajeno” cobró, en el marco de la guerra, una nueva significación. Los “ajenos”, los “otros”, acabaron siendo muy a menudo los “suyos” o los vecinos, lo que deriva en un miedo creciente por la vida. Al mismo tiempo, los más indiferentes se unían no pocas veces en nombre del apoyo mutuo ante un caso de amenaza inminente. Los grupos locales se vieron forzados a redefinir su relación y a declarar en quién se habían convertido en el transcurso del conflicto, tanto en

relación consigo mismo y su comunidad, como en relación con los ajenos nuevos o antiguos (es decir, habitantes de otras aldeas o forasteros procedentes de otras regiones). Los cambios de actitud de los campesinos con respecto a los problemas cotidianos y la lucha por la supervivencia condujeron a diferentes tipos de elecciones y, por ende, a un cambio en la identidad. La antigua primacía de los intereses de grupo sobre los del individuo sufrió una grave alteración. La guerra había cambiado drásticamente el carácter del poder en las aldeas y su orden social (véase Degregori 2010; Isbell 2005; Jiménez 2009; Midlarsky 2010; Oré Cárdenas 2001; Starn 1999; Stern 1999; Śniadecka-Kotarska 2005, 2006; Szyrkiewicz 1996).

Los cambios descritos resultaron, en primer lugar, de las actividades de Sendero Luminoso debido a que, como anteriormente (durante algunos años) había actuado de forma pacífica entre las comunidades campesinas, desarrolló el influjo ejercido por la izquierda reformista sobre ellas. De forma paulatina fue inculcando a los habitantes de las aldeas su catecismo revolucionario, sobre todo presentando la potencial perspectiva de su participación en la lucha antigubernamental, de la introducción progresiva de una nueva administración y de la creación definitiva de una república popular. De este modo Sendero Luminoso empezó a abrir nuevos canales en el avance social de los campesinos, ejerciendo su influencia en la identidad colectiva y en la individual. De modo muy diferente actuaban las fuerzas gubernamentales. A pesar de que por “breve tiempo” eran capaces de establecer relaciones pacíficas con toda una comunidad, no acababan de integrarse con los aldeanos y buscaban entonces colaboradores entre ellos. Este fenómeno trastornaba tanto las estructuras sociales tradicionales de las comunidades como provocaba modificaciones en la identidad de los colaboradores o aliados del ejército y el gobierno (Mendoza Pareja 2001; Pietraszczyk-Sękowska 2008).

No obstante, cabe destacar que en ambos casos, bien como aliados de la guerrilla, bien de las fuerzas gubernamentales, los campesinos asimilaron el discurso de sus nuevos patrones de una forma muy superficial, limitándose a calcular las ventajas que podría brindarles, individual o colectivamente, las posibles “alianzas”.

En definitiva, el factor más decisivo en los cambios de actitud de los campesinos y en la coalición de fuerzas en la provincia lo constituyó el fenómeno de la violencia. Esta relación de dominación y sumisión impuesta a los indígenas por ambos contendientes era bien conocida por los habitantes de los Andes, puesto que durante siglos había formado el eje conductual entre ellos y las elites blanco-mestizas. Sin embargo, el terror desencadenado a mediados de la década de 1980 contra los campesinos, tanto por los senderistas como por el gobierno, adquirió una forma y unas proporciones inusitadas hasta ese momento en la vida de las provincias peruanas, pues incluso parecieron amenazar la existencia misma de las aldeas andinas².

Ambos contendientes consideraban a las poblaciones aldeanas como campesinos indígenas. Cuando Sendero Luminoso empezó a difundir sus doctrinas en-

tre ellos, era consciente de su tradición cultural. No obstante, en ellos veía sobre todo a los campesinos, que según sus principios ideológicos habrían de constituir las bases de la revolución. No obstante, en el momento en el que los campesinos comenzaron a presentar resistencia a las acciones de Sendero Luminoso, éste no dudó en golpear, al igual que haría el ejército, en su tradición cultural ligada principalmente a su organización comunitaria, considerándola un obstáculo de primer orden en el camino a la toma de control sobre los campesinos y a la imposición de nuevas estructuras de poder³. Al mismo tiempo, el ejército emprendió una lucha contra la cultura campesina de acuerdo con su propia estrategia, que se definía sobre todo en el marco de la doctrina del enemigo interno y que reforzaba las prácticas ya conocidas de discriminación.

En consecuencia de todo ello, ambas partes en conflicto atacaron ante todo a la jerarquía tradicional por considerarla como fuente de resistencia o de neutralidad de las aldeas, con el deseo de sustituirla por otra sometida a sus iniciativas, exenta de toda independencia. Fue así como a medida que aumentaban los enfrentamientos entre la población campesina y Sendero Luminoso o las fuerzas gubernamentales, éstos no solo procedieron a su liquidación física (como potenciales aliados de una u otra parte), sino también a su debilitamiento cultural.

Asimismo, cuando en el conflicto bélico la clave para el uso de la violencia fue el origen étnico de las personas, la identidad indígena de los aldeanos se convirtió en un verdadero estigma que hizo de ellos el principal objeto del terror de ambos contendientes. Los campesinos empezaron a considerarse a sí mismos como víctimas colectivas de la violencia, cuya “vida no valía nada”⁴. La escala de violencia que se dirigió contra ellos ya desde los primeros años de la guerra les potenció aún más el sentimiento de estar amenazados por razones étnicas (como indígenas), por razones de clase (como campesinos), por razones de origen (como habitantes de los terrenos de la sierra) y, en el caso de las mujeres y ancianos, víctimas más frecuentes, por razones de sexo y edad, todo lo cual les provocó una fuerte crisis de identidad y les llevó a considerar este grupo de factores como un verdadero estigma.

La formación de la identificación con la autodefensa en la década de 1980

Los campesinos, implicados en el conflicto interno, lucharon por sobrevivir empleando diversas formas de autodefensa. A principios de la década de 1980 actuaban rara vez en grupo, puesto que la evolución del conflicto había auspiciado más bien la destrucción de sus organizaciones colectivas. En realidad, las primeras actuaciones defensivas de los habitantes de las comunas tuvieron más un carácter individual que colectivo y se desarrollaron en varios sentidos, lo que a menudo derivaba en una escalada de terror por parte de la guerrilla y las fuerzas gubernamentales, además de un ahondamiento en las divisiones internas de la sociedad local.

Según la coalición de fuerzas en determinada zona de la provincia, sus habitantes (individuos o grupos) aceptaban una colaboración superficial con los senderistas o con los efectivos gubernamentales. Algunos de ellos se decidieron a abandonar sus aldeas natales y buscaron refugio en las ciudades (o por lo menos enviaron hasta ellas a sus hijos a quienes la guerrilla amenazaba con incorporar a sus filas). En todas estas situaciones, la actitud de los campesinos se basaba en una adaptación táctica a la nueva realidad. Uno de estos elementos fue la ocultación e incluso el intento de cambio de su propia identidad, más frecuentemente de carácter individual. En muchos casos, no se trataba solo de una identidad étnica y de clase, sino también territorial, es decir, indicadora de su procedencia geográfica, puesto que en las relaciones externas desde arriba les definía como partidarios de una parte del conflicto (la guerrilla)⁵.

La búsqueda de nuevas formas de sobrevivencia por parte de los campesinos se hizo especialmente evidente en el caso de las personas o grupos que colaboraron con las fuerzas gubernamentales o que actuaron en las estructuras de la autodefensa civil. Al analizar el tipo de “servicio” prestado por los campesinos en las filas de los grupos de autodefensa cabe recordar que la implicación de la población campesina en las acciones armadas cambiaba automáticamente su posición y papel en el conflicto, lo cual también influía en el nivel de identificación con las estructuras de autodefensa en las que participaba. Todo esto condujo a la aparición de un nuevo estilo de vida en las aldeas y de un nuevo tipo de relaciones, ante todo con los agentes de la parte gubernamental. Al observar la evolución de las acciones de las patrullas de autodefensa en las provincias, no podemos dejar de preguntarnos si fueron el resultado de una implicación colectiva o si, por el contrario, fueron forzadas o al menos fruto de la manipulación por parte de algunos de los miembros cercanos a la comunidad. Esta reflexión conduce a muchas otras preguntas, como por ejemplo, si las acciones de los grupos de autodefensa sirvieron en verdad a los intereses de la comunidad, o más bien supusieron la elección más ventajosa para algunos individuos o colectivos, que en nombre de la tradición comunitaria podían dirigir a toda su comunidad.

Como ya he mencionado anteriormente, cuando a principios de la década de 1980 los habitantes de la sierra empezaron a colaborar con las fuerzas gubernamentales, lo hicieron por haberse sentido atacados como indígenas desde las dos partes de un conflicto que les resultaba ajeno. Tenían una escasa identificación nacional (con el país), y de ahí se entiende que no se identificaran ni con esa especie de alianza entre militares y civiles que acaba de nacer, ni desearan tampoco luchar en defensa de los intereses del gobierno. Su objetivo estribaba, ante todo, en encontrar una táctica que les asegurara una forma emergente de sobrevivir (para si mismos, para sus familias y para toda la sociedad local) y de defender su propia cultura.

Tanto las formas de autodefensa con una organización de base, como la aceptación (aunque fuera aparente) de las acciones de defensa impuestas en las al-

deas por las fuerzas gubernamentales, tuvieron origen en iniciativas de unidades o de un grupo de habitantes que, movidos por intereses propios o colectivos, podían ejercer su influencia sobre el resto de la comunidad, fuera gracias a su privilegiada situación social y económica, o fuera gracias al apoyo del ejército. En ambos casos, ni los jefes de las recién creadas unidades de autodefensa, ni la población de las aldeas a ellos sometida, eran conscientes que al implicarse en acciones antisubversivas se iban convirtiendo gradualmente en los nuevos protagonistas de un conflicto, sin advertir además que colaboraban en la creación de unas estructuras civiles que no tardarían en hacerse con el control de una parte importante de la sierra central. En este periodo la colaboración de los habitantes de la provincia con las fuerzas gubernamentales se caracterizó, por lo general, por una falta de solidaridad entre ambos “aliados”, e igualmente entre los habitantes de las aldeas. Es más, las acciones de los grupos de autodefensa tuvieron a menudo un trasfondo lleno de contradicciones: intensificación de antiguas rivalidades entre los habitantes de la provincia, uso de la violencia con fines particulares y demostraciones de lealtad para con las fuerzas gubernamentales mediante acciones contra otras comunidades, lo que no respondía a una identificación con los objetivos políticos o militares del ejército, sino a la posibilidad de vengarse de rivales locales o de cometer actos de pillaje de forma impune bajo pretexto de luchar contra los supuestos simpatizantes de Sendero Luminoso.

A mediados de la década de 1980, se pudo advertir que los primeros éxitos de los civiles en la lucha contra la guerrilla iniciaban un proceso identificatorio de los habitantes de la provincia con las estructuras de autodefensa. Los cambios de imagen interna, así como el ascenso social de los grupos campesinos dentro de su propia comunidad, fueron la consecuencia directa de que el ejército cedía automáticamente a las unidades de autodefensa el control de los territorios librados de manos de los senderistas (aunque no lo hacían formalmente), dejándose ver (los soldados) por las aldeas solo de forma esporádica. Todo ello acrecentaba entre los campesinos el sentimiento de que no solo cumplían una misión autodefensiva, sino que también asumían un papel como fuerzas armadas en el proceso de pacificación de la provincia y en la defensa de la población civil atrapada en medio del conflicto.

Al mismo tiempo se notaba que la actitud de los campesinos hacia la conveniencia o no de las acciones autodefensivas empezaba a diversificarse, dado que los cambios de identidad de los civiles implicados en la lucha contra la guerrilla también adoptaban dos direcciones opuestas.

En las comunidades campesinas más tradicionales, los procesos de identificación con las estructuras de la autodefensa se desarrollaban ante todo en el fondo de las acciones colectivas coordinadas por ella misma y en las que tomaban parte todos sus miembros (incluso mujeres, ancianos y niños), lo cual garantizaba sobradamente su seguridad. Por lo tanto, la autodefensa se vinculaba a las estructuras de la comunidad y la colaboración de los aldeanos en estas acciones (por otra

parte, de efecto medible) aumentaba los lazos de unidad entre los miembros de dichas comunidades (comuneros), que poco tiempo atrás fueron víctimas de la persecución de senderistas y militares. Con el aumento de la sensación de seguridad en las aldeas, sus habitantes se fueron incorporando gradualmente en las acciones de autodefensa, incluso si sus estructuras habían sido impuestas antes por la fuerza. En realidad, en la autodefensa veían más una forma de proteger sus aldeas que una fuerza ofensiva. Esta actitud corrigió en algún sentido las relaciones internas de solidaridad en las aldeas y potenció la búsqueda de colaboración con otras localidades cercanas. A pesar de que los abusos por parte de la jerarquía de los grupos de autodefensa seguían sucediendo, en el caso de que estos mantuvieran fuertes lazos con la comunidad (no en el caso de las fuerzas gubernamentales) resultaba más fácil hacerlos públicos y castigarlos.

Sin embargo, completamente diferente era la situación en las comunidades del valle del Apurímac, que en su mayoría carecían de una sólida tradición cultural y se caracterizaban por una mayor diversidad socioeconómica, por un mayor porcentaje de población emigrante y por acceso a medios de financiación particulares (principalmente, procedentes del narcotráfico). Ya en la primera mitad de la década de 1980, en el valle apareció la Defensa Civil Antisubversiva (en adelante DECAS), con estructura común de autodefensa. Su nacimiento y actividades resultaron de la colaboración de diferentes medios sociales deseosos de impedir la toma de control de la región por parte de los senderistas (entre otros motivos, por los terrenos cada vez más extensos de cultivo de coca). Las fuerzas de la DECAS eran más independientes en relación con los poderes autónomos civiles y estaban más vinculadas al ejército. En realidad, la identidad de sus miembros cambiaba, ante todo, según los atributos militares: conciencia del poder físico y simbólico sobre la población civil, acceso a las armas de fuego, formación militar, acciones ofensivas; además, sus uniformes y simbología propia aparecieron justo en el momento del conflicto. El centro para la consolidación identificativa entre los campesinos y la organización fueron en este caso las unidades (líderes y comandos), no la comunidad tradicional. En la segunda mitad de la década de 1980, la DECAS salió reforzada al retirarse las fuerzas armadas a los cuarteles y disfrutar, aunque temporalmente, de una cierta emancipación del control gubernamental en cuanto a los territorios del valle del Apurímac.

Este esquema en cuanto a la organización y al modelo de dirección fue trasladado más tarde y en menor grado (sobre todo en la segunda mitad de la década de 1980) a muchas comunidades de la sierra y de los valles. Ello se dio por lo general en lugares donde dominaban las fuerzas armadas, por ejemplo debido a su estacionamiento en las aldeas, o en los mismos grupos campesinos (principalmente la DECAS). El aumento de la influencia de las unidades de autodefensa en las comunidades se hizo visible con los cambios que tuvieron lugar en los terri-

torios campesinos en consecuencia de las acciones llevadas a cabo por las fuerzas armadas. Se llevó a cabo la formación de nuevos centros de poder en forma de comités de autodefensa, que paso a paso fueron cuestionando el antiguo orden social, puesto que aparte de estrechar su colaboración con las bases militares, se apoyaron cada vez más en la nueva generación. A pesar de que la autodefensa seguía siendo el brazo armado de la comunidad, sus jefes imitaban los modelos de poder y dirección propios de las estructuras militares. Sus acciones empezaron a estar dirigidas por la convicción de que solo destruyendo la antigua jerarquía social, salvarían las aldeas, lo que en suma desagradaba a las generaciones mayores. Es más, los miembros de los comités no se limitaban a dirigir la autodefensa de la aldea, también obligaban a la comunidad a realizar actos a favor de sus intereses particulares, justificándolo, en caso de necesidad, con la mentalidad colectiva de los comuneros, de acorde a la cual los habitantes de la comunidad creían actuar por el bien colectivo. El sentimiento de poder e impunidad, así como la conciencia de gozar de numerosos contactos en el exterior (sobre todo, con el ejército y otras fuerzas campesinas), potenció los abusos entre las filas de los jefes de la autodefensa (violencia contra las mujeres, forzar al trabajo o extorsionar a otros comuneros), todo lo cual fue debilitando las relaciones internas de las comunidades, sin por ello poner en peligro la posición de la autodefensa en las aldeas, todavía muy fuerte por aquel entonces.

Aunque como se ve, existían grandes diferencias, a lo largo de la década de 1980 algunas actitudes de sus miembros y algunos rasgos característicos fueron comunes para los grupos de autodefensa de toda la región central de la sierra.

En primer lugar, con independencia del lugar de aparición del grupo, los miembros de sus estructuras se consideraban campesinos o comuneros que se habían opuesto al uso de la violencia. Así nació el orgullo colectivo, común a toda la sierra y los valles, de pertenecer a los comités, que desde la perspectiva campesina era el único protagonista en el conflicto capaz de lograr lo que no habían logrado ni las elites (de entre las cuales, muchas parecían simpatizantes de Sendero Luminoso), ni el ejército. A saber: defender su comunidad y expulsar a la guerrilla de sus principales centros de actividad. La conciencia de triunfo entre los campesinos aumentaba por el hecho de que en más de una ocasión habían actuado sin ayuda del ejército, el cual hacía recaer sobre las unidades de autodefensa el peso de la responsabilidad durante las acciones y se retiraban tan pronto entregaban a los campesinos los terrenos “liberados”.

Conforme a la mayoría de las relaciones de los comuneros que recogí durante mi labor de investigación, la pacificación de la provincia en la década de 1980 estuvo en manos de las aldeas andinas. El ya antes mencionado maestro de Tambo recordaba, de los años de su infancia, la actitud de los comuneros hacia los comités de autodefensa con las siguientes palabras:

“Recuerdo sobre todo los domingos y los desfiles de los CAD. Recuerdo que mis padres me mandaban desfilas obligatoriamente. Incluso la gente mayor desfilaba, con un verdadero entusiasmo en sus caras. Es lo que nos daba satisfacción por la organización que trajo buenos resultados. Fue nuestra identidad de civiles que lograron defenderse” (Fredí, maestro de la provincia de La Mar, Ayacucho, comunicación personal 14 de enero de 2010).

En En segundo lugar, en la autodefensa fue reforzándose la convicción de detentar el poder real en la provincia, lo que se refiere tanto a los miembros de la comunidad, que habían tomado el control del poder civil en las aldeas, como a la más autónoma DECAS, que actuaba de forma expansiva. Esta gran libertad de actuación de los comités en lucha contra la guerrilla acabó creando en la provincia grandes posibilidades de abusos desde la propia posición, debido a que establecía nuevas reglas de funcionamiento en las aldeas, así como de obligaciones y de cobertura de la población con respecto a la autodefensa, que siempre pretextaba la necesidad imperiosa de unirse y luchar contra Sendero Luminoso. P. Del Pino y J. Coronel destacan que el abuso de poder y el uso de la fuerza contra otras comunidades estuvo principalmente protagonizado por los habitantes de las cumbres de la sierra, quienes de este modo se vengaban del trato discriminatorio sufrido antes por los pobladores de los valles o de las ciudades, de situación económica más tranquila. Además, los campesinos de la sierra siempre consideraron a los habitantes de la ciudad como a la elite de Sendero Luminoso⁶. Sin embargo, yo misma, tras haber analizado a ambos autores y recogido unas cuantas docenas de relaciones de boca de mis informantes, tengo la impresión de que la escala de terror de la autodefensa contra otras comunidades fue más o menos igual que la de la DECAS, la cual poseía suficiente potencial numérico y militar como para actuar a la ofensiva e implantar su dominio en terrenos cada vez más alejados del valle del río Apurímac.

En tercer lugar, con el desarrollo de la pacificación, las estructuras de la autodefensa fueron paulatinamente gobernadas por jóvenes comuneros. A decir verdad, un rasgo común a toda la actividad de los comités fue el culto a la juventud, a la fuerza y al militarismo, lo que no solo rejuvenecía a sus filas y depreciaba a la vieja generación en las aldeas, sino que también masculinizaba a las fuerzas civiles, limitando claramente el papel de la mujer a la cual considerada una criatura débil en las acciones de defensa. Muchos autores han advertido el cambio de papel de la mujer que se presentó a lo largo del conflicto. Por un lado, debido a la gran mortandad entre los hombres, se vieron obligadas a asumir nuevas tareas y obligaciones, reservadas antes a los maridos, hijos o padres. Por otro lado, fueron marginadas por los grupos de autodefensa, que con el tiempo iban militarizando cada vez más sus modelos de conducta. Cabe destacar que muchas mujeres, que en el curso del conflicto desempeñaron nuevos papeles sociales (en algunas aldeas incluso se in-

corporaron a la jefatura de la autodefensa), acabaron por adoptar una actitud masculina. Según las palabras de Ponciano Del Pino en las filas de la autodefensa “la gente empieza a ponerse macho” (Del Pino y Theidon 1999:22). Considerar a las mujeres como más débiles, peor formadas culturalmente y con mayores dificultades en su comunicación con el mundo exterior conllevó no solo a su marginación en la jefatura y en las actividades de la autodefensa, sino que también provocó una gran violencia sexual contra ellas, primero a manos del ejército y después a manos de los líderes locales, incluso de la propia comunidad⁷.

En cuarto lugar, en este periodo se empezó a percibir un ambiente de descontento, de sentimiento de sacrificio inútil y de perjuicio, motivados por el hecho de que, pese a los (forzados) “servicios” prestados al gobierno durante el conflicto, no habían recibido ningún reconocimiento, ni apoyo económico o jurídico⁸. Aunque, como población indígena esta había sido en los primeros años de la guerra la principal víctima del terror, a medida que evolucionaba la contienda se convirtió en la protagonista número uno de la pacificación de los terrenos de la provincia, lo que suponía el abandono de su papel social y de sus obligaciones habidas hasta entonces y la consabida pérdida de todas sus pertenencias. Más al contrario, la autodefensa fue juzgada más de una vez como la principal ejecutora de los crímenes contra la población civil, sin que tuviera posibilidades de defensa ante las acusaciones de los llamados “abogados democráticos”, que en los tribunales defendían a los miembros de Sendero Luminoso o exigían penas para los perseguidores de los simpatizantes de la guerrilla. Todo ello convenció a los miembros de las fuerzas campesinas de que, fuera de la arena de su lucha cotidiana contra los senderistas en calidad de aliados del gobierno, les aguardaba un destino peor que al de los propios seguidores de Sendero Luminoso.

No obstante, con independencia de la debilidad y de los casos de abusos, a fines de la década de 1980 surgió en la conciencia colectiva la imagen de los miembros de la autodefensa como pacificadores de la provincia. En el campo, donde existía un sentimiento de victoria conjunta contra los senderistas, fue una imagen creada desde la base. En otras situaciones, se creó desde arriba, por los propios jefes de la autodefensa que formaban su propia imagen de líderes de la provincia.

En opinión de José Coronel, que entre las décadas de 1980 y 1990 llevó a cabo investigaciones entre las fuerzas campesinas, fue el único periodo en la historia de los comités en el que sus miembros poseían una identidad colectiva, la de ser los defensores de su propia tierra frente a la influencia de Sendero Luminoso. Después de muchos años, el mismo J. Coronel me comentaría:

“Una verdadera vergüenza de este conflicto es el hecho que las ciudades se acobardaron – sus pobladores huyeron buscando refugio en la capital. Aunque los comuneros también huían a otras comunidades y ciudades, nadie les brindaba ayuda, nadie controlaba esta situación. La actitud de la ciudad – que o se dejó infiltrar por Sendero

Luminoso o huyó – les ayudó a los campesinos hacerse protagonistas de la pacificación. Así surgió la identidad de los miembros de autodefensa. Ellos desde el principio sabían que estaban solos, con el tiempo se dieron cuenta de que estaban fuertes” (José Coronel, antropólogo de la Universidad Nacional de San Cristobal de Huamanga, comisionado de Comisión de la Verdad y Reconciliación, actualmente jefe de la UNICEF de Ayacucho, Ayacucho, comunicación personal 30 de enero 2009).

El progresivo proceso de identificación de los miembros de la autodefensa con sus estructuras resultó principalmente de los factores antes mencionados: conciencia de la victoria lograda frente a los senderistas, carácter independiente, toma del poder en la provincia, rechazo de la antigua elite dominante siempre considerada como prosenderista, y sentimiento de sacrificio inútil y de daño sufrido. No obstante, según mis estimaciones, es difícil arriesgar la tesis de que, a mediados de la década de 1980, los miembros de la autodefensa poseyeran una identidad colectiva y se considerasen como representantes de todos los habitantes de los territorios campesinos. Desde el inicio del conflicto estuvieron diferenciados según sus diversos paradigmas culturales y socioeconómicos y, en muchos casos, su participación en las filas de la autodefensa fue unida al ejercicio de la violencia contra la población, así como a las ventajas de un ascenso individual, a tono de las circunstancias creadas por el conflicto. Sin lugar a dudas, fue el mejor periodo en su historia como organización civil que resistió a los senderistas en muchas regiones de Ayacucho. En los años siguientes, los cambios en su identidad fueron fruto de la división en sus filas, ante todo visibles a fines de la década de 1980 y que se hicieron crecientes en décadas posteriores a causa de las polémicas habidas sobre su jefatura.

Identidad de los miembros de la autodefensa como aliados “oficiales” del gobierno

En los años de la década de 1980, en la zona del conflicto, se produjeron muchos cambios en diferentes áreas con respecto a décadas anteriores: se modificó la dirección de las acciones armadas y la relación entre el ejército y la población civil, los grupos de autodefensa recibieron del gobierno armas y una legislación que legitimaba su actuación junto a las fuerzas gubernamentales. Cabe destacar, con todo, que a pesar de la apariencia de unidad en sus estructuras y de las acciones de las fuerzas campesinas, derivada de la política gubernamental, sus filas sufrieron una mayor división aun en cuanto a su identidad y a la forma de actuar, lo que ya resultó absolutamente evidente en la primera mitad de la década de 1990.

En el caso de las aldeas (principales bases de las comunidades), que consiguieron resistir a la violencia, los grupos de autodefensa se convirtieron en una parte integral de la comunidad, y su sólida posición interna reforzó la convicción de

los comuneros de que, gracias a la resistencia organizada contra Sendero Luminoso, habían logrado salvar sus vidas y sus tierras. Por algún tiempo, las aldeas mantuvieron la identificación con las estructuras de la autodefensa, relacionada poco después con la implicación de los comités en el desarrollo de la sociedad local. Esta identificación sustituyó durante un breve periodo el pago debido por el conflicto bélico sufrido, pero entre los habitantes de las aldeas continuaba creciendo la sensación, la cual se hizo más obvia después con el cambio de la política gubernamental, de sacrificio y de deuda no pagada por el estado. Por otra parte, muchos miembros de la autodefensa siguieron aprovechándose de su posición lograda durante la guerra. Se sentían como ciudadanos privilegiados, incluso sin pertenecer formalmente a los CAD, y conservaban su posición como autoridades y representantes de los intereses de la comunidad en relación con el mundo externo. La paradoja de este importante cambio estribaba en que muchos de ellos, que habían arriesgado sus vidas para defender a la comunidad durante la guerra, tras el conflicto aprovecharon de sus cargos para buscar vías de avance social y de beneficio económico fuera de las aldeas, siendo lo más frecuente que se sirvieran de contactos, mantenidos durante la contienda, con el ejército o con otras unidades de la autodefensa. Gracias a estas relaciones y a los ahorros amasados, buscaron para ellos o para sus familias la posibilidad de emigrar a la ciudad. Lo más interesante es que, apenas llegados a ella, recababan en primer lugar el contacto con miembros de su propia comunidad (seguían sintiéndose comuneros) o con otros miembros de las estructuras campesinas (seguían identificándose con la autodefensa).

Cambios mucho más significativos se dieron en los líderes de la autodefensa, que habían actuado en organizaciones paramilitares durante la guerra en forma semirregular, debido precisamente a su participación directa en acciones pacificadoras y a su colaboración con el ejército. Muchos de ellos habían sido reclutados entre jóvenes emigrantes o arrepentidos y no mantenían fuertes relaciones con la comunidad de donde procedían. Su participación en las fuerzas de los CAD supuso un avance social rápido, pero no desarrolló un proceso de autoidentificación con la autodefensa como fuerzas de defensa de la población de la provincia o, lo que es más importante, como estructuras de poder accesibles para ellos. A decir verdad, cuando al término del conflicto la mayoría de ellos emigró a la ciudad, no se siguieron considerando campesinos o comuneros, sino que se asimilaron al ambiente urbano de los mestizos. Es más, muchos de ellos no solo perdieron su identidad como campesinos, sino también como ronderos y civiles. En su imaginación acabaron por convertirse en miembros de unidades militares para las que trabajaban, aunque no de modo formal. Como escribió P. Del Pino (Del Pino y Theidon 1999:22), era esto una suerte de “identidad imaginaria” como soldados. Hasta hoy en día, muchos de ellos no ocultan que empezaron a identificarse con el ejército para cambiar su destino, para conseguir una situación privilegiada en la sociedad y el acceso a las es-

estructuras del poder. Uno de los líderes de la autodefensa del valle del río Apurímac y Ene (en adelante VRAE) me describió sus relaciones estrechas, según él, con las fuerzas militares y paramilitares, del siguiente modo:

“Fíjese como nosotros nos dirigimos a los soldados: ‘mi coronel’, ‘mi general’. Son los títulos que solo ellos mismos usan. Un civil no dice ‘mi general’. Ahora son ellos y nosotros quien dice así. Es lo que se quedó de las actividades militares en las que aparentemente actuábamos bajo su control pero en realidad estuvimos a su costado” (Pepe, líder de los CAD del valle de río Apurímac, Ayacucho, comunicación personal 19 de enero de 2010).

A medida que se producía la pacificación de las provincias y se formalizaban las relaciones con el estado, se convirtieron en principales objetivos de los líderes aprovechar su posición lograda y hacerse con el poder en la nueva realidad social. En mi opinión, en este periodo existía una sólida identidad entre los miembros de los CAD, pero solo de carácter individual. En su actitud existían sin duda un sentimiento de triunfo y conciencia de haberse sacrificado, pero también la necesidad de ocultar sus abusos en el periodo más sangriento del conflicto. Las manifestaciones en cuanto a la búsqueda de este nuevo papel social por parte de los líderes fueron numerosas; todas reflejaban iniciativas de tipo individual, a lo sumo de grupo, pero no como conjunto en la autodefensa. La más demostrativa de todas ellas fue la creación, en 1994, de la Asociación de los Fundadores de los Comités de Autodefensa, Paz y Desarrollo, que debía de ser una forma de solidaridad y mutua defensa de los intereses de los líderes, quienes estaban más amenazados por su responsabilidad en actos de violencia durante el conflicto. Sin duda, a la sombra de esta clase de iniciativa se encontraba la colaboración, cada vez más estrecha, con el gobierno, cuya ayuda se advertía no solo en las labores realizadas por el ejército, sino también por otras instituciones del estado. También surgieron algunas iniciativas para entrar a formar parte del escenario político, más bien de parte de los líderes que por parte de la autodefensa como movimiento, lo que resulta altamente significativo. Fueron acciones destinadas, por lo común, a conseguir electorado. Al mismo tiempo que los líderes entraban a formar parte de las fuerzas armadas o de instituciones civiles, la jefatura de la autodefensa se iba alejando de sus estructuras y con el tiempo, de facto, se apartó por completo de las masas que en la década de 1980 habían creado la red de control en las provincias. Solo se las utilizaba en caso de necesidad. Remitiéndose siempre a los antiguos “servicios” prestados, es decir, a la demostrada lealtad para con el ejército, los líderes se formaron un nuevo papel social del que sacaron sus beneficios, sin por ello identificarse ni con el estado, ni con las estructuras de la autodefensa. Únicamente quedaba una relativa solidaridad en las filas de los líderes que ya sabían del valor de sus propias fuerzas y beneficios

obtenidos por su participación en la guerra. La importancia de los lazos estrechados y de las relaciones establecidas durante la contienda queda reflejada en las palabras de uno de sus fundadores y veterano dirigente de la DECAS:

“Actualmente lo que más vale para nosotros es el papel y los méritos de cada uno de nosotros en nuestra organización. Si alguien fue por ejemplo un tal ‘Jorge’ en las tropas de autodefensa, para nosotros será ‘Jorge’ hasta su muerte. Igual como las amistades que nacieron durante la lucha. Yo mismo gracias a mi involucramiento en esta ‘honrada organización’ hoy día tengo amigos en el Congreso y entre los generales. Pero la autodefensa ya no goza de unidad. Si la tuviera, seríamos una gran fuerza” (Felipe, miembro de DECAS, Ayacucho, comunicación personal 9 de enero de 2010).

La autodefensa tras el conflicto bélico

Al terminar la guerra se produjo un nuevo giro tanto en el carácter identificativo de la autodefensa como en las formas de servirse de las estructuras para fines particulares, puesto que, según la ley, la autodefensa podía perder sus derechos de actuación. Resulta interesante observar que los intentos de movilizar a la autodefensa, llevados a cabo tanto por sus líderes como por los medios que los manipulaban, demostraron lo profundamente debilitada y dividida internamente que estaba ya la identidad de la autodefensa en la mitad de la década de 1990. La complejidad de las relaciones entre los jefes de una autodefensa, cada vez más alejados de las estructuras de los comités y de otros protagonistas sociales, ansiosos de entrar en escena, dan respuesta a las palabras del ya mencionado José Coronel, que en esa década pudo observar el proceso de cambios en las filas de los CAD desde una perspectiva externa:

“Los miembros de CAD fueron buenos líderes, pero a la vez ninguno de ellos tenía reconcimiento al nivel más alto que el distrital. Por eso el estado inventó la función del presidente panregional – para poder controlarlos a todos. Sin embargo esa función desde el principio no ha tenido y todavía no tiene sentido. Si ellos mismos no sienten la necesidad de integrarse, nadie podrá crearla por ellos” (José Coronel, comunicación personal 30 de enero de 2009).

A su vez, la colisión con la realidad de la postguerra vino a demostrar cuán importante se hacía la solidaridad en un problema común a todos. Se manifestó el absoluto abandono por parte del gobierno de la autodefensa, tanto de sus líderes, que ya habían conseguido su porción de poder, como de las masas, a las que se les había negado todo. Al mismo tiempo seguía vigente el estado de excepción, lo que les daba una cierta seguridad. Si bien es verdad que, en la dé-

cada de 1990, aún se escribía sobre el estado y el nacionalismo en la autodefensa (Coronel 1996), tras el conflicto se advirtió un claro alejamiento de las estructuras del poder por parte de los miembros de las fuerzas armadas y por parte de los líderes paramilitares. A pesar de las aparentes relaciones con el ejército, considerado a la par como un supervisor y como fuente de beneficios, en ese momento, la autodefensa tuvo la oportunidad por vez primera de convertirse en un movimiento social que protestara contra la actitud del gobierno hacia las fuerzas campesinas y contra la permanente marginalización de la provincia. Todos los líderes, independientemente de la estructura a la que pertenecieran, mantenían una postura reivindicativa y antigubernamental (incluso los líderes que habían entrado a formar parte de las estructuras del estado). No obstante, sus acciones otra vez tomaron diferentes rumbos.

En las comunidades se siguió desarrollando la posición de la autodefensa como líder en la provincia. Prácticamente en todas las reuniones a las que yo asistí entre el 2006 y el 2007, que trataban el tema de las indemnizaciones,

la autodefensa actuaba como representante de su aldea. Cuando pregunté sobre la necesidad de los CAD en las comunidades, siempre y en todas partes obtuve la misma respuesta:

“Yo todavía me siento apegado y responsable del comité que ahora forma parte de nuestra comunidad. Hoy día las autoridades que elegimos son jóvenes pero nosotros como gente mayor somos importantes – tenemos el derecho de controlar a los nuevos. La autodefensa debe ser una parte integral de la comunidad y todavía lucha contra los ladrones” (Estanislao, ex-miembro de las autoridades del CAD, provincia de Huanta, comunicación personal 20 de enero de 2009).

“Los CAD deben actuar en cada comunidad. Ellos mantienen el orden y castigan a los ladrones. Yo no siento rencor hacia los CAD por sus abusos porque la idea de autodefensa fue buena. Solo es que algunos líderes que eran mala gente se aprovecharon de los CAD, así como se aprovechan de otras organizaciones” (Vilma, comunera de un pueblo arrasado durante el conflicto, provincia de Huanta, comunicación personal 21 de enero de 2009).

En el caso de la autonomía del VRAE, los líderes de la autodefensa aún se consideran como “patrones del valle”. Oficialmente declaran que el estado no les ha dado algo y le tildan de incapaz, lo que da buena prueba de que el conflicto aún continúa. Pero a la vez son una parte en esta guerra, de ahí que no quieran ser solo actores y, a sabiendas de que tienen cierta fuerza, también quieren dictar condiciones. Una manifestación de esta necesidad ha sido el intento de crear su propio proyecto, concerniente al cultivo de la coca, la formación de patrullas

que garanticen su seguridad, la organización de huelgas (cocaleros y autodefensa unidos) y las marchas sobre Lima, oficialmente para entregar quejas contra las autoridades locales, no oficialmente para demostrar su poder.

Sin embargo, remitirse a la autodefensa es, en este caso, una parte de la política histórica y de la “identidad estratégica”. En sus filas hay de todo: líderes con muchos méritos, miembros de escasa importancia, cocaleros, narcotraficantes, ex senderistas, activistas locales. Todos sacan ventaja de la pacificación. Muchos de ellos no guardaron relación alguna con la autodefensa en el periodo bélico, pero se refieren a ella para conseguir sus objetivos particulares. Es más, los “servicios” reales prestados en las filas de la jefatura de la autodefensa no son hoy en día considerados como un privilegio o una vía de acceso al poder, puesto que abandonados por el estado y desempeñando en la actualidad algún cargo público en las filas de los CAD, sus antiguos líderes son mucho más débiles políticamente que lo fueran antaño en el amplio abanico de contactos mantenidos durante el conflicto bélico. De las condiciones de la autodefensa hablan, de modo muy expresivo, dos de mis interlocutores, un miembro dirigente de Huanta y uno de los líderes de DECAS:

“Al principio Paniagua retiró la amnistía. Después entró CVR que fue totalmente roja. Digo ‘roja’ en este sentido que defendía mucho a los izquierdistas. Mientras nosotros nos quedamos sin defensa. Ahora ya no hay ningún ‘nosotros’. Cada uno hace algo por su propia cuenta” (Jaime, ex-líder de DECAS, valle del río Apurímac, comunicación personal 19 de enero de 2010).

“La autodefensa ya no tiene su identidad colectiva. La tuvo solo cuando hubo un enemigo común. A la vez las estructuras de los CAD siempre han sido aprovechadas por sus miembros con fines particulares. Fue fácil porque los líderes de las comunidades y de los comités a menudo fueron las mismas personas. Los CAD desde el principio han sido para ellos vías de acceso a varios objetivos. Les hicieron conscientes de su fuerza y por eso ellos todavía prolongan su actividad por muchas razones, casi siempre muy particulares. Incluso cuando los comités mismos desaparecen, sus líderes permanecen como autoridades en las comunidades y aprovechan los contactos que adquirieron durante el conflicto” (Alberto Sánchez, regidor de Huanta, Huanta, comunicación personal 17 de enero de 2010).

Con todo, la primera década del siglo veintiuno ha mostrado que, a pesar de las muchas divisiones internas de la autodefensa, al menos un elemento continúa siendo común en la actitud de sus miembros: la tendencia a manifestar el sentimiento de daño sufrido y de abandono por parte del estado. Durante mis conversaciones con los líderes de diferentes niveles conocí diversas historias, en

las que siempre elogiaban la solidaridad y cohesión de la autodefensa, como el espíritu de sacrificio y la entrega de sus líderes, por lo que nunca recibieron ni reconocimiento, ni indemnización alguna. La actitud de mis interlocutores testimonia claramente este proceso permanente y progresivo de mitificación del nacimiento y las actividades de los comités, que ha contribuido a la historia oficial de los CAD.

Sin embargo, no ha resultado difícil que lleguen a mis oídos historias elogiosas sobre las acciones de la autodefensa y, en mi opinión, no deben ser tratadas como una forma de ocultar la parte más escandalosa de las acciones de los CAD, puesto que estos no dejan de ser una parte de la guerra. Aunque, en la actualidad, no resulta fácil establecer quiénes de los protagonistas del conflicto se sienten sus víctimas y en qué medida tienen conciencia y sentimiento de culpa por el uso de la violencia y los abusos perpetrados, so pretexto de defender a la población civil del Sendero Luminoso. Las conversaciones mantenidas con ellos reflejan la fragilidad del pacto de silencio que, en los primeros años de la guerra, les protegió de la responsabilidad y posibilitó la reconciliación en las aldeas. Dado que el problema de los crímenes impunes sigue siendo una mancha en la historia de la autodefensa, a medida que se va debilitando la identidad colectiva de sus miembros también empieza a existir una mayor libertad de revelar la verdad por parte de los mismos líderes de los CAD.

Referencias bibliográficas

- Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR)
 2003 *Informe final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación*, tomo II. Comisión de la Verdad y la Reconciliación, Lima. Documento electrónico, <http://www.cverdad.org.pe/ifinal/index.php>, accesado en abril de 2003.
- Comisión Investigadora de los Sucesos de Uchuraccay (CISU)
 1983 *Informe sobre Uchuraccay de la Comisión Investigadora de los Sucesos de Uchuraccay*. Comisión Investigadora de los Sucesos de Uchuraccay (CISU), Lima.
- Coronel, José
 1996 Violencia política y respuestas campesinas en Huanta. En *Las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso*, editado por Carlos Iván Degregori, pp. 29-116. Instituto de Estudios Peruanos, Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, Lima.
- Cristobal, Juan
 2003 *Uchuraccay o el rostro de la barbarie*. Editorial San Marcos, Lima.
- Degregori, Carlos Iván
 1996 Ayacucho, después de la violencia. En *Las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso*, editado por Carlos Iván Degregori, pp. 15-28.

- Instituto de Estudios Peruanos, Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, Lima.
- 1999 Cosechando tempestades: las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso en Ayacucho. En *Los senderos insólitos del Perú: guerra y sociedad, 1980-1995*, editado por Steve J. Stern, pp. 133-159. Instituto de Estudios Peruanos, Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, Lima.
- 2010 *El surgimiento de Sendero Luminoso. Ayacucho 1969-1979*. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- Del Pino, Ponciano
- 1996 Tiempos de guerra y de dioses: Ronderos, evangélicos y senderistas en el valle del río Apurímac. En *Las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso*, editado por Carlos Iván Degregori, pp. 117-188. Instituto de Estudios Peruanos, Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, Lima.
- Del Pino, Ponciano y Kimberley Theidon
- 1999 La política de la identidad: narrativas de guerra y la construcción de ciudadanía en Ayacucho. En *Actores sociales y ciudadanía en Ayacucho*, pp. 21-35. GIIDA, Servicios de Educación Rural, Lima.
- Gorriti Ellenbogen, Gustavo
- 1990 *Sendero. Historia de la guerra milenaria en el Perú*. Vol I. Editorial Apoyo, Lima.
- Isbell, Billie J.
- 2005 *Para defendernos. Ecología y ritual en un pueblo andino*. Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas, Cusco.
- Jiménez Quispe, Edilberto
- 2009 *Chungui. Violencia y trazos de memoria*. Instituto de Estudios Peruanos, Comisión de Derechos Humanos COMISEDH, Servicio Alemán de Cooperación Social-Técnica DED, Lima.
- Manrique, Nelson
- 2002 *El tiempo del miedo: la violencia política en el Perú 1980-1996*. Fondo Editorial del Congreso del Perú, Lima.
- Mendoza Pareja, Susana
- 2001 *Análisis de la situación y problemática de los CAD's y rondas campesinas del Perú*. Ayacucho. Texto no publicado.
- Midlarsky, Manus I.
- 2010 *Ludobójstwo w XX wieku*. Wydawnictwo Naukowe PWN, Warszawa.
- Oré Cárdenas, Edilberto
- 2001 *Ayahuanco. Bajo la sombra de Sendero: un testimonio de parte sobre la violencia*. PAR, Huancayo.
- Pietraszczyk-Sękowska, Joanna
- 2008 Peruviańskie Komitety Samoobrony – w poszukiwaniu nowej roli

- społecznej. En *Doświadczenie demokracji w Ameryce Łacińskiej*, editado por M. Kania y A. Kaganiec-Kamieńska, pp. 75-88. Wydawnictwo Uniwersytetu Jagiellońskiego, Kraków.
- 2009 Los comités de autodefensa del Perú. Un estudio de la identidad de los campesinos armados. *Estudios Latinoamericanos* 29:131-142.
- 2011 *Peruwiańskie siły samoobrony chłopskiej. Od konfliktu zbrojnego do transformacji pokojowej*. Tesis doctoral inédita, Uniwersytetu im Adama Mickiewicza w Poznaniu, Poznań.
- Spyra, Jarosław
- 1996 Zarys historii Sendero Luminoso. En *Peru*, pp. 21-34. Dokumenty Robocze nr 19. Centrum Studiów Latynoamerykańskich CESLA, Uniwersytet Warszawski, Warszawa.
- Starn, Orin
- 1999 *Senderos inesperados: las rondas campesinas de la sierra sur central*. En *Los senderos insólitos del Perú: guerra y sociedad, 1980-1995*, editado por Steve J. Stern, pp. 223-254. Instituto de Estudios Peruanos, Universidad Nacional de San Cristobal de Huamanga, Lima.
- Stern, Steve J. (editor)
- 1999 *Los senderos insólitos del Perú: guerra y sociedad, 1980-1995*. Instituto de Estudios Peruanos, Universidad Nacional de San Cristobal de Huamanga, Lima.
- Szynkiewicz, Sławoj
- 1996 Konflikt tożsamości, tożsamość w konflikcie. En *Konflikty etniczne. Źródła – typy – sposoby rozstrzygania: materiały z konferencji zorganizowanej przez Zajład Etnologii Instytutu Archeologii i Etnologii Polskiej Akademii Nauk w Warszawie, 5-7 grudnia 1994*, editado por Iwona Kabzińska-Stawarz y Sławoj Szynkiewicz, pp.15-30. Polska Akademia Nauk, Warszawa.
- Śniadecka-Kotarska, Magdalena
- 2005 Od populizmu i umacniania demokracji do dyktatury i terroru - ewolucja rządów prezydenckich w Peru w latach 1990-2000. En *Cultura et politica: Studia i rozprawy dedykowane profesorowi Jerzemu Kmiecnińskiemu*, editado por Marek Olędzki y Alicja Stępień, pp. 366-389. Wydawnictwo Uniwersytetu Łódzkiego, Łódź.
- 2006 *Być kobietą w Peru (1980-2005)*. Studia i Materiały Vol. 32. Centrum Studiów Latynoamerykańskich CESLA, Uniwersytet Warszawski, Warszawa.
- 2011 Kontekst społeczno-polityczny wizyty Jana Pawła II w Peru. En *Jan Paweł II w Peru*, editado por Tomasz Szyszka, pp. 5-71. Instytut Papieża Jana Pawła II, Warszawa.
- Tapia, Carlos
- 1995 *Autodefensa armada del campesinado*. Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación CEDEP, Lima.

1997 *Las Fuerzas Armadas y Sendero Luminoso: dos estrategias y un final*. Serie ideología y política Vol. 8. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

Notas

- ¹ El artículo procede de la tesis doctoral de la autora (Pietraszczyk-Sękowska 2011). Otros fragmentos del trabajo que describen de forma más amplia el surgimiento y las formas de actuación de las fuerzas de autodefensa en Perú aparecieron en un trabajo anterior de la autora (Pietraszczyk-Sękowska 2009).
- ² De acuerdo con la bibliografía sobre este tema (Comisión de la Verdad y Reconciliación 2003; Degregori 1996, 1999; Gorriti 1990; Manrique 2002; Spyra 1996; Śniadecka-Kotarska 2006; Tapia 1995, 1997; Jiménez 2009) y con los materiales recogidos por mí, una decidida mayoría de aldeas ubicadas en el epicentro del conflicto padeció directamente la violencia, tanto por parte de los senderistas como de las fuerzas gubernamentales, ya a mediados de la década de 1980. Incluso si en este periodo existían en la zona combates parciales, es decir, aún no había llegado el terror por ambas partes, los campesinos de esta región sabían muy bien de los métodos aplicados por los dos contendientes. Tenían lugar en el caso de comunidades que se situaban en terrenos “sellados” por la influencia de uno de los dos bandos. Yo misma conocí una aldea alrededor de Huanta, que aunque nunca mantuvo contacto con los senderistas, pronto se encontró en manos del ejército que implantó un verdadero terror.
- ³ Cabe destacar que Sendero Luminoso con el tiempo empezó a destruir la cultura indígena, aunque al principio durante los años de la agitación (en la década de 1970) era consciente de su diferencia, que conocía y aprovechaba para manipular al campesinado. Una prueba de ello es que a mediados de la década de 1970 desarrolló su labor propagandística en una de las aldeas más tradicionales, Cangallo, a la par con la escasa influencia del estado. Sin embargo, cuando las comunidades locales se resistieron a su política, atacó no solo a las autoridades de la aldea, sino que también empezó a luchar contra las tradiciones andinas de las ferias, fiestas y a alterar la división social tradicional.
- ⁴ De este modo, o aproximado, me describieron mis interlocutores de los terrenos andinos la situación de los campesinos en los primeros años del conflicto. Lo más importante: ello coincide con la estimación acerca de la situación de los civiles que se observó a principios de la década de 1980 (véase Comisión de la Verdad y Reconciliación 2003; Comisión Investigadora de los Sucesos de Uchuraccay 1983; Cristóbal 2003).
- ⁵ Ser oriundo de la zona del conflicto (sobre todo de Ayacucho) provocaba ante todo una discriminación (tanto hacia los campesinos, como hacia los ciudadanos) por considerárselos como colaboradores o al menos simpatizantes de la guerrilla. La mayoría de los refugiados de Ayacucho con quienes me encontré por vez primera en el año 2004 en Lima, afirmaban que habían ocultado su origen una vez llegados a la capital. En años posteriores me convencí de que el ocultar su origen fue, entre los refugiados procedentes del foco del conflicto, una práctica generalizada.
- ⁶ El caso de la importante implicación de los *chutos*, habitantes de las cumbres, tanto en la creación de un nuevo orden impuesto por la guerrilla, como luego por el ejército, ha sido descrito de forma muy interesante a través del ejemplo de la provincia de Vinchos por P. Del Pino (1996). En el caso de la autodefensa que colaboraba con el ejército este mecanismo fue mucho más fuerte debido a la mayor autonomía de sus comités (véase Coronel 1996; Del Pino 1996; Del Pino y Theidon 1999).
- ⁷ El tema de la violencia sexual contra las mujeres ha sido profundamente estudiado por Śniadecka-Kotarska (2006). Para el papel de las mujeres en la autodefensa puede revisarse otras fuentes (Coronel 1996; Del Pino 1996; Del Pino y Theidon 1999).
- ⁸ Aparte de premios simbólicos, como una manta por la cabeza de un senderista, lo cual se consideró a su vez como un signo de menosprecio dado lo mucho perdido, muchos pacificadores y colaboradores en la provincia actuaron por beneficio propio, lo que supuso una gran entrega (paradójicamente) en su lucha contra la guerrilla.